

Necesario es destacar que en estas páginas, la técnica funcional del reportaje, aplicado a situaciones concretas, llega más allá de lo objetivo. Suscita problemas, pues nos muestran al hombre de otras latitudes situado en un paisaje, en una postura viva de consciente humanidad.

VICENTE MENGOD

<https://doi.org/10.29393/At391-38RVBR10038>

*Residente en Venezuela*, de MARÍA ROSA ALONSO.

Mérida, Venezuela, Talleres Gráficos Universitarios, 1960. 291 págs.

(Publicaciones de la Fac. de Humanidades de la Univ. de los Andes)

María Rosa Alonso, doctora en Filología Romance y profesora universitaria en Mérida, Venezuela, ofrece en *Residente en Venezuela* sus preocupaciones e impresiones de la cultura y la vida del país de Bello. Es una perspectiva del ámbito literario e histórico con los apoyos de una investigación acuciosa y afirmada en la tradición hispánica. A través de los ensayos, la autora denota su personalidad y su información.

La obra abarca tres campos temáticos: *La ciudad*, *Los temas* y *El pasado*. Se advierte con la lectura de estos sectores el método seguido por María Rosa Alonso y el desarrollo de su encariñamiento por las tierras venezolanas. Para ella, no fue obstáculo su procedencia de Tenerife, en las Islas Canarias, pues consciente de su raíz ibérica común a la de los hispanoamericanos y de la continuidad emigratoria de los isleños hacia Cuba y Venezuela encontró paisanaje en sus nuevas labores de sencilla profesora de enseñanza media, sin ostentar pergamino alguno.

En la *Introducción* se explica su conducta. "Mis Islas Canarias son algo así como un eslabón que une el continente europeo con las tierras nuevas de América. Las gentes más humildes tienen casi siempre un "trasmarino" en la familia, porque el mar es camino y aventura para tan breves posadas como aquéllas" (pág. 9). Más adelante agrega: "En todos estos años de residencia mía en Venezuela [desde 1953] —pasan ya los seis—, me he afanado por conocer y estudiar el pretérito venezolano y el mérito de sus valores literarios y culturales, para mejor entender su presente" (pág. 10). Y más abajo expone su plan: "Este libro está hecho de las visiones mías al llegar a la tierra; de mi manera de entender ciertos temas literarios y culturales del país y de mi preocupación por destacadas figuras del pasado venezolano. No hay uno solo de mis ensayos que no esté pensado en función venezolana, pero con métodos y preocupaciones de los que está ausente el espíritu de campanario" (pág. 11). Nuevas circunstancias se agregan a su residencia, ya que caído el régimen dictatorial del gobierno, obtuvo para ella una tranquilidad y una libertad que la condujeron de nuevo a su dejado quehacer universitario, ahora ya no en Madrid ni en La Laguna (en Tenerife), sino en Mérida, la de Venezuela, junto a los Andes macizos. De aquí esta publicación.

Para comprender la actitud de la doctora Alonso, es indispensable transcribir algunas ideas del capítulo primero de *La ciudad*, llamado "Toma de conciencia": "Hace algunos años me vine a Venezuela con la intención de pasar uno en Caracas"... "Por temor a soltar yo también el "disparate" y a *sabérmelo todo* a poco de llegar, preferí dejar pasar una temporada sin escribir nada sobre esta tierra. Guárdese el escritor español de posturas presuntuosas aquí, ni de intentar ingenuamente descubrir América otra vez, porque o saldrá mal parado, o nadie le hará caso, que es peor. Tampoco me ha parecido honesto hacer valer mi condición de isleña, procedencia que es una ventaja en el país. Dígase lo que se diga, el español no tiene aquí buena prensa; es decir, hay siempre en todo diálogo de español y venezolano la reserva lejana de que están frente a frente dos ex combatientes de hace ciento cincuenta años, aproximadamente, y sólo entre personas cultas y educadas de una y otra nacionalidad las reservas se sobrepasan; el hombre de la calle, en cuanto las eses y jotas del español se le atraviesan en su genio, piensa que aquel sujeto es "un españolito" y debajo de la expresión hay una repulsa y una incomodidad" (pág. 17).

Dispuesta así la observación, resulta una expresión franca, llana. La llegada a la ciudad de Caracas, los trajines, el comercio, los extranjeros, la fisonomía de los edificios, las calles, los caminos de entradas y las fuentes de riqueza, son objeto de su mirada diestra. Junto a la ciudad recién conocida están los coterráneos: los canarios. Desde este primer campo, surge un paralelismo entre Venezuela y las Canarias. Después, en el desarrollo de posteriores ensayos, es posible hallar la equivalencia de la tradición cultural aquí en América con la de allá, en España y sus Islas.

En *Los temas* se recogen los ensayos filológicos de mayor densidad y propia investigación. "El mito del hombre natural", "Poesía épica, la muerta. Un aspecto de *Las lanzas coloradas* de Uslar Pietri", "El mar en la Literatura. Algunos poetas venezolanos y el mar", "El paisaje, árboles", "Poesía para el niño Jesús", "El español en Venezuela", "La pintura en Venezuela", "La crítica literaria o la dificultad" y "La educación en Venezuela".

La explicación de gran parte de los fenómenos culturales de Venezuela se hace desde el horizonte amplio del vivir espiritual europeo. Detrás de cada estudio hay una preparación adecuada y básica. El aspecto teórico no estorba la apreciación regional y circunstanciada, como en el ejemplo del ensayo "El mito del hombre natural", con referencia a don Simón Rodríguez, venezolano pedagogo y viajero muy singular de los tiempos de la Independencia. A propósito de este estudio, puede delinearse una reseña de su importante contenido. En él se aprecia la simbiosis entre el "viejo mundo" y el "mundo nuevo", es decir, entre Europa y América. Esta fusión enlazada a través de la expresión espiritual halla su origen en el siglo xv, cuando la visión vigente entonces en el europeo se traslada a América, la tierra recién descubierta y des-

conocida para aquél. En el europeo se da una concepción del hombre proveniente de la tradición helénica y latina. El hombre se halla en un estado conocido como Edad de Hierro, sin posibilidades de progresión, puesto que para su perfección y bienestar es indispensable una vuelta, un tornar a la primera edad, estado o etapa concebida como Edad de Oro. La historia no era, para el europeo del siglo xv, más que una sucesión de estados en caída o limitación de la otrora perfectibilidad humana. La etapa aquella en que se fue noble, en que se poseía bondad y vida sana, dio paso a las etapas o edades de bronce, plata y hierro. La conjunción de tradiciones clásicas y cristianas, trajo a la mente del europeo renacentista una nítida imagen del Paraíso Perdido, aquel paraíso que durante el medioevo fue un sentimiento del "otro vivir", el eterno o el de la Gracia divina. Ahora, en el Renacimiento, llegó a su plenitud la estimación de la edad dorada y la búsqueda de ese paraíso. Además, otras fabulaciones colmaban su espíritu: hablaron los clásicos de la Atlántida, de la Antilla, de las "Terrae ignotae" y otros puntos de felicidad. Con el descubrimiento de los hombres americanos, faltos del cultivo al modo europeo, se hizo cuestión alcanzable la edad dorada y su consecuente habitante, el hombre feliz y paradisiaco, porque estaba en el primer estado, el natural. La doctora Alonso indica provechosamente la confluencia de dos creencias míticas en el fragor de europeos y americanos. Los primeros con su edad dorada y afán en su encuentro. Los segundos en una incierta llegada de hombres extraños o en el retorno de los dioses. Así lo recogieron Bernal Díaz en México y en la tradición literaria de las Canarias, a fines del siglo xvi, los escritores Leonardo Torriani y Antonio de Viana. Este último, autor épico, atrae la imagen hermosísima de la venida de unos seres extraños en "pájaros negros". Con el contacto de los americanos en "edad dorada" y los europeos, representantes de la civilización, en "edad de hierro", aparece la imposición de la codicia del oro, la sed de mando, etc. Entre humanistas y clérigos nace más firmemente la convicción del indígena como "hombre natural", nacido todo bondad. Pese al ánimo difamatorio del español, es posible entender a hombres como Las Casas, Vitoria y Ercilla sólo dentro de la ideología del siglo xvi. Ellos mostraron el mal de la codicia y sintieron la adversa suerte del indígena y como renacentistas, vieron al autóctono como un hombre de la Edad de Oro. Refiriéndose a Ercilla dice la investigadora textualmente, "Alojado en las creencias culturales de su tiempo, para el poeta no hay duda de que la civilización todo lo corrompe y que el hombre natural era bueno, justo, pacífico" (pág. 74). Hay nostalgia del pasado y se da hasta en el poeta chileno Pedro de Oña. A estos dos tópicos, el de la Edad dorada y el del hombre natural, se añade el tópico del "Beatus ille", surgido de Horacio: la alabanza de la aldea y el menosprecio de la corte. Esta vida sencilla y este desprecio por la civilización obedeció a la corriente de la tradición latina. Para sobrepasar tal recurso literario es necesario llegar al siglo xviii, con Juan Jacobo Rousseau, quien fundó "filosófi-

camente su actitud", "que el hombre es bueno por su naturaleza y que es el medio social, la vida en común, la que lo corrompe" (pág. 77). Ya el impulso tópico se había contaminado con las creencias semítico-cristianas y había gestado la utopía renacentista (Moro, Bacon y Campanella, cada uno de ellos unido al "mundus novus" de que hablaba Américo Vespucio). Con Rousseau y Saint-Pierre, entretanto, adviene una exaltación del individuo y una fundamentación de la soledad y del subjetivismo que rompe en el llamado romanticismo. Fue la época que conoció y en la que vivió el venezolano Simón Rodríguez, traductor primero de la novela *Atala* del Vizconde de Chateaubrian en 1801, cuando recién se publicaba en francés. "La difusión de *Atala* fue enorme en Europa; partía del salvaje, del "hombre natural" la glorificación del sentimiento puro y platónico del amor; se estaba en plena idealización y, por tanto, falsificación de la realidad" (pág. 79). Y concluye la autora: "el tema del hombre natural, que en la Península apenas si tuvo interés, logró en Hispanoamérica gran preponderancia"... "El romanticismo en aquellas Islas [Canarias] también exaltó el tema del hombre natural y situó idealmente a la raza aborigen". "El error, pues, consiste en no aceptar el sentimiento del "buen salvaje" como un tema literario y, por tanto, lleno de apreciaciones idealistas" (pág. 80).

Otro ensayo clave es el de "La crítica literaria o la dificultad", con motivo del libro del crítico y poeta venezolano José Antonio Escalona titulado *Angulo* (1954). El planteamiento de fondo es el de un deber ser de la actividad crítica en las letras. Para Escalona son esenciales al crítico una sensibilidad y una cultura literaria. Un crítico, piensa el poeta, debe ser "objetivo y ceñirse a la producción que comenta y no atenerse a su gusto personal, sino al valor de la obra, pues, si es de poesía, no se referirá nunca al valor lógico sino al estético" (pág. 148). Y reflexiona María Rosa Alonso, "No sé hasta qué punto se puede ser objetivo en crítica literaria y cómo se puede prescindir del gusto personal; pero cierto es que los excesos de la arbitrariedad, de la amistad mal entendida, o de la ignorancia del atrevido plantean a un hombre de la honestidad de Escalona la exigencia de un rigor impecable para tan delicado menester". Ahora, con respecto a los caminos posibles de la crítica, dice la autora: "Mi inolvidable maestro, Pedro Salinas, allá por 1935 y 1936, orientaba en el Centro de Estudios Históricos de Madrid la revista "Índice Literario", que hacía ese tipo de crítica —más bien reseña— que llamo "anatómica". El libro se describía con la mayor objetividad posible y el lector se enteraba del contenido del mismo, cuando no podía leerlo". "Otro punto de vista, de enfoque (porque no basta el anterior) es el que llamé "fisiológico", o sea el que atiende no ya a cómo es el libro y qué tiene, sino a lo que significa en función de la cultura literaria o investigadora de su época. Pero se trata, en uno y otro caso (aspectos descriptivo y funcional), de menesteres auxiliares; la verdadera misión de la crítica literaria es la estilística, claro que si nos referimos a obras de creación pura como novela o poesía; otro

tipo de obras: erudición, historia, etc., requiere un comentario específico...” (págs. 148 y 149). A continuación, a partir del libro de otro poeta y crítico venezolano, Rafael Angel Insausti, *Insinuaciones críticas*, María Rosa Alonso comenta otro aspecto del crítico: su capacidad de buena lectura y comprensión del texto. Y escribe: “Es curioso comprobar cómo las citas se hacen sin probidad y cómo los textos se interpretan caprichosamente, sin ningún rigor intelectual y así se le hace decir a tal o a cual escritor eminente lo que al autor-lector menos eminente se le antoja o le conviene que aquél diga o escriba” (pág. 150). “Si se trata de obras de tipo especializado [citamos a la doctora Alonso], filosóficas o históricas, por ejemplo, además de su inteligencia para enterarse de lo que lee, requiere conocimientos suficientes para desempeñar su oficio con seriedad”. Ahora la crítica semejante a la reseña, como nos comunica la autora, es básica dentro de nuestro medio abigarrado, en que el lector no sabe qué libro le es provechoso o qué libro es el más reciente y actual sobre una materia dada. Además, está el problema del libro “bueno” y del “malo”. Escribe la doctora tinerfeña: “Ni los diarios que tienen secciones de crítica, ni las revistas semanales o especializadas tienen redactores críticos que puedan dedicar su vida a este menester, porque no podrían vivir a base de este continuo y sostenido trabajo; por eso ocurre que buenos libros pasan en silencio, porque la modestia natural del autor o su sentido del decoro le prohíben solicitar el comentario, y el mundo moderno, sobre todo en los países americanos, está sostenido en buena parte por la propaganda y las llamadas “relaciones públicas”, o que, por el contrario, el libro anodino sea celebrado, porque el autor tiene grandes relaciones, sabe hábilmente solicitar el comentario, o coacciona en el ámbito del “sentido reverencial del dinero”. Y dice más la autora (lo que transcribimos para explicarnos un síntoma de nuestro medio literario chileno): “Hay gentes pedantes que dicen a este respecto que para el libro malo lo mejor es el “piadoso silencio”, pero lo que hace falta es averiguar el libro malo para tener la honradez de decir que lo es; sería la mejor barrera para que se aminorara su publicación, pero la vida humana es algo muy complejo y una cosa es decir lo que se dice y otra, hacerlo; para decir que un libro es malo es necesario usar con mesura y cortesía del adjetivo y no ofender a quien Dios no ha llamado por esos menesteres y, además, una vez averiguado qué libro es realmente bueno, la crítica literaria se convierte en algo fácil: afirmar que lo bueno lo es, como darle 20 puntos al alumnos sobresaliente [en Chile es nota 7]; decir que es malo o bueno es función sencilla, lo peliagudo es cuando el alumno o el libro es regular, cuando tiene cosas buenas y menos buenas, porque, seamos de verdad sinceros, libros de verdad buenos se publicarán dos o tres, a lo sumo, al año, y alumnos, buenos de verdad, habrá dos o tres en un curso de veinte” (pág. 154). Y a propósito de la aplicación de Escalona en su libro *Angulo*, María Rosa Alonso se enfrenta al problema de una *poesía para muchos o para pocos*. En los aspectos esenciales del asunto, dejando al margen el

brote de crítica de que ha sido objeto el escritor y catedrático José Ortega y Gasset en los últimos años, nos indica la autora: "Parece una constante literaria el que haya poesía de mayorías y minorías y que a veces un mismo autor tenga propósitos de escribir para muchos y otras, el de escribir para pocos" (pág. 156). En el siglo XIII se escribe el *Poema de Alexandre* con la advertencia de estar en "mester de clerecía", o culto, y no en el de "juglaría" (popular). Berceo continuó tal proceder, a sílabas contadas, pero con propósitos populares. Expresa la investigadora: "por eso querrá hacer un poema castellano, en la lengua 'que suele el pueblo hablar a su vecino'" (pág. 157). Y así siempre se encuentran poetas de mayorías o de minorías, pero, como anota la autora: "si hemos de ser precisos, sólo en el siglo XIX, con la conquista de "los derechos del hombre", fue la poesía, la poesía romántica, popular. A fines del siglo, el jardín vuelve a cerrarse con los simbolistas franceses y así llegamos a los "ismos" del novecientos". "Pero el poema supone una voluntad y un propósito poético en el autor. Cuando Góngora quiere dirigirse a los más, escribe un romance; cuando poetiza para la minoría, escribe *Las Soledades* o *El Polifemo*" (pág. 157). Y para terminar el ensayo, plantea la autora lo siguiente: "Se habla del poeta y de su deber de ser o no popular. ¿Por qué no exigir al lector u oyente un esfuerzo? Es curioso que, desde los famosos "derechos del hombre", al pueblo se le habla de sus derechos pero jamás de sus deberes. J. A. Escalona en su libro *Angulo* apunta el enfoque del problema de la poesía actual advirtiendo que hay un desequilibrio entre el avance de las formas poéticas de nuestro tiempo y el atraso de la sensibilidad estética del lector..." "Alberti, Lorca o Neruda podrán o han podido escribir para pocos y para muchos como, en efecto, lo han hecho, pero dudo que, sin un esfuerzo por parte del lector, se puede gustar el verso, incluso popular, de estos poetas" (pág. 158).

Dado el espacio breve, solamente indicaremos otros rasgos del volumen. Penetra en la expresión épica, originada en el modo de narrar, que presenta Uslar Pietri en su novela *Las lanzas coloradas*. Revisa el motivo lírico del "mar" en los venezolanos José Ramón Yepes (1822-1881), Cruz Salmerón Acosta (1892-1929), Pedro Rivero (1893-1958) y Andrés Eloy Blanco (1897-1955). Algunos rasgos o concretizaciones del motivo del "mar", como "la tempestad", la "nave", los estudia en su transición desde la tradición clásica hasta los modernistas. En otro ensayo estudia el nacimiento y la niñez de Jesús en los evangelios, en el teatro medieval y como expresión popular lírica en los villancicos. Hace anotaciones filológicas a la obra de Angel Rosenblat concerniente al lenguaje venezolano. En recuento histórico, muestra el desarrollo de las artes plásticas y las generaciones, especialmente, la de los del Círculo de Bellas Artes en el primer cuarto del siglo XX, y la de los Abstractos, vigentes en el momento. Reflexiona sobre el problema del liceo venezolano, métodos y programas y sobre el "humanismo" en el nivel universitario. En cuanto al tercer campo que ilustra el libro que comentamos, *El pasado*, es una colección de

estudios sobre personalidades de la cultura en Venezuela. Aquí fluye la simpatía de la autora por las figuras que analiza. Los títulos de estas aproximaciones sobre vida y obra de seres dignos de la nación los enumeramos a continuación: "Bello, precursor", "Humboldt en Venezuela", "Agustín Codazzi" (un militar italiano que sirvió como geógrafo e ingeniero en Colombia y Venezuela), "Rafael María Baralt, poeta", "San Diego de los Altos y don Cecilio Acosta", "Gil Fortoul y Alvarado, amigos", "Luna de 1903" (acerca de una actitud generacional de los modernistas de 1903 expresada en versos de Alejandro Fernández García y Alejandro Caría), "Juan Ramón, el de España y América" (sobre el autor de *Platero y yo*), "José Antonio Ramos Sucre" y "Poesía de Andrés Eloy Blanco" (sobre *Giraluna*, el motivo del mar y el del "carpe diem").

En conclusión, el libro *Residente en Venezuela* ofrece una variedad y documentación que se hace notar desde sus primeras páginas. Es una demostración de nuestra continuidad tradicional de la cultura europea y es un volumen que encierra un diagnóstico sincero de la realidad espiritual de Venezuela. Aflora la ineficacia que produce un régimen político cifrado en la improvisación y en la riqueza tan abierta de una explotación sin límites. Por último, se desarrolla en él una perspectiva que ensancha la visión de la tarea crítica ordinaria. Modelo de examen literario es el estudio dedicado al lírico Andrés Eloy Blanco. Además, el presente volumen se completa con la utilización de los tres índices, labor crítica fundamental que en nuestro país casi se desconoce: el analítico (pp. 261-265), el onomástico, con datos cronológicos, de nacionalidad y de actividad más importante (pp. 266-282), y el de obras y publicaciones periódicas citadas (pp. 283-289). A estos tres útiles índices, que nos definen la calidad de investigadora de doña María Rosa Alonso por lo fácil de su manejo, se agrega el consabido índice general. Justo es terminar nuestra reseña citando a la doctora canaria sobre el tema de Venezuela y el extranjero: "Hay, pues [escribe en la pág. 49], tantas Venezuelas como personas dispuestas a vivirla y a observarla con atención. País que cambia con el proceso de su gestación es inseguro en la estabilidad que proporciona; ya Alberto Soria, el personaje de Manuel Díaz Rodríguez, de *Idolos rotos*, se lamentaba de ello a comienzos de siglo. A cada quien llega, Venezuela ofrece una experiencia intransferible y única".

BENJAMÍN ROJAS PIÑA

*Diccionario de la literatura latinoamericana: Argentina.*

Washington, Unión Panamericana, 1960-1961. 2 vols.

Desde 1958, la Unión Panamericana, por intermedio de la División de Filosofía y Letras del Departamento de Asuntos Culturales —a cargo del profesor Armando Correia Pacheco—, publica provisionalmente un *Diccionario de Literatura latinoamericana* en fascículos dedicados a países